

TAHAR BEN JELLOUN

La primavera árabe
El despertar de la dignidad

Traducido del francés por
Malika Embarek López

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *L'Étincelle. Révoltes dans les pays arabes*

Primera edición: 2011
Segunda reimpresión: 2017

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Tahar Ben Jelloun et les Éditions Gallimard, 2011
© de la traducción: Malika Embarek López, 2011
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2016, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-5351-8
Depósito legal: M. 25.013-2011
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Introducción	9
En la cabeza de Mubarak	17
En la cabeza de Ben Ali	27
¿Revuelta? ¿Revolución?	35
Túnez	45
Egipto	71
Argelia	93
Yemen	103
Marruecos	111
Libia	123
Conclusión	141

Introducción

EN LOS DEBATES de televisión y radio con frecuencia se escuchan quejas sobre «el silencio de los intelectuales árabes». Sin embargo, desde que el mundo árabe, con toda su diversidad y complejidad, padece unas dictaduras más o menos declaradas y aceptadas —es decir, desde alrededor de medio siglo—, los intelectuales no han estado nunca callados ni se han resignado a vivir humillados y despreciados. Muchos han pagado su compromiso con años de prisión a los que se unían la tortura y todo tipo de privaciones sádicas. La lista de los que han perdido su vida por defender los derechos humanos es larga. No habían cometido más crimen que reclamar justicia

y libertad para el ciudadano árabe a fin de que el individuo, en su calidad de entidad única y singular, emergiera y fuera reconocido. Se han escrito libros, pero la mayor parte de ellos han sido prohibidos y pocos, traducidos. Algunos medios de comunicación en Líbano, Argelia o Marruecos se han atrevido asimismo a describir y denunciar con regularidad esos sistemas políticos que en estos últimos meses han sufrido una estrepitosa quiebra, con el añadido de la dimisión o huida de dos dictadores bien asentados. Así pues, no nos echéis en cara esta crítica sin fundamento: «los intelectuales árabes no reaccionan». No solo sí reaccionan, sino que cada vez que lo hacen corren unos riesgos que ningún intelectual occidental ha corrido jamás.

HE ESCRITO ESTE BREVE libro para explicar lo que pasa hoy en el mundo árabe, pues, si bien nadie podía prever esta primavera revolucionaria, también es cierto que durante los últimos años se podían percibir muchas señales anunciadoras. Mi labor de observador, recogida en los numerosos artículos que he publicado en la prensa interna-

cional durante la última década, así como mi viaje a Libia en 2003, me han permitido constatar la exasperación general de las poblaciones árabes, víctimas de regímenes inaceptables. La paciencia de los pueblos tiene un límite, llegó la gota que colma el vaso: se ha roto en mil pedazos...

LA MAYOR VICTORIA de esta primavera árabe procede de su madurez. La gente ha salido a la calle espontáneamente, decidida a llegar hasta el final, sin seguir órdenes de ningún líder, de ningún dirigente de partido y aún menos de un líder religioso. Ésa es la victoria: ha sido una revolución natural, como un fruto tan maduro que se cae del árbol por sí solo un día de invierno, y al caer arrastra consigo otros frutos. Los árboles se han puesto a bailar de alegría como en una fiesta. Nadie puede apropiarse de este movimiento que ha generado una onda de choque de gran alcance. Ha llegado hasta China y quizá se propague un día por los patógenos barrios periféricos de Europa.

POR ÚLTIMO, ESTA PRIMAVERA rubrica la derrota del islamismo. Los militantes islamistas no estuvieron presentes en esas manifestaciones, cuya amplitud los sorprendió. Nuevos valores —en realidad, viejos valores— han invadido el ámbito de la reivindicación árabe: libertad, dignidad, justicia, igualdad. El «software islamista», como dicen algunos, ha quedado obsoleto. Facebook, Twitter, Internet y nuevas formas de imaginación y acción política han barrido el discurso lenitivo, anacrónico y estúpido del islamismo, que recurría a lo irracional y al fanatismo neurótico para su propagación. En las grandes manifestaciones no se ha escuchado ningún eslogan contra los otros, los extranjeros, los europeos o los israelíes. Esta vez, los árabes han tomado su destino entre sus manos y han decidido subirse al tren de la modernidad sin alegar coartada alguna, sin culpar al resto del mundo. Lo que hagan con esa dignidad recuperada depende de ellos. Improvisarán, cometerán probablemente errores, pero saben que nunca más vivirán como infrahombres aplastados por un dictador ilustrado u oscurantista, ridículo o feroz.

Y SI HOY ESAS revueltas pueden calificarse de «revoluciones» es porque, ante todo y sobre todo, las animan unas reivindicaciones de orden ético y moral.

En la cabeza de Mubarak

EL 10 DE FEBRERO de 2011 Hosni Mubarak se siente contrariado: no ha tenido tiempo de teñirse el pelo. Ya no hace deporte para mantenerse en forma. Está muy disgustado porque su pueblo insiste en que abandone el poder, e incluso Egipto. Pero se aferra. No quiere desprenderse de nada. A su alrededor, todo se hunde, como si lo tragarán unas arenas movedizas. Tiende la mano. Nadie se la da. El viento lo ha despeinado. Piensa en aquella mañana de octubre de 1981 en la que los islamistas tiraron a matar durante un desfile militar. Una bala lo rozó y rasgó su chaqueta azul de general sin llegar a herirlo. Anwar el Sadat yacía en el suelo, muerto. De repente,

todo quedó sumido en el pánico y el caos. Recuerda esas horas en las que el asesinato de su jefe lo convirtió en presidente de la República de Egipto. Treinta años después no se halla frente a un comando que dispara a la multitud, sino frente a un pueblo pacífico que ya no quiere nada con él. Ni siquiera lo odia. Simplemente ya no puede más. Mubarak se mira al espejo, y le entran ganas de llorar. Pero él no es de esos que lloriquean cuando el viento no sopla a su favor. Ha perdido algunos kilos; está pálido; no tiene apetito. Suzanne, su mujer, y su hijo han tenido la precaución de marcharse a Londres para que se olviden de ellos. Él no puede salir de su palacio. Sabe que, si asoma la cara, el pueblo lo linchará. Ha cometido demasiadas injusticias, demasiados crímenes como para salir impune. Al igual que tantos dirigentes árabes, ha confundido el país con su casa. Creyó que Egipto, como Estado-nación, era su propiedad privada, que podía disponer de él a su antojo. Ha amasado mucho dinero, tanto, que se necesitarían varias vidas para gastarlo. Ha rezado a Dios pidiéndole una vida larga, salud, juventud y poder absoluto. Empleó muchos años en perfec-

cionar el sistema que le ha permitido mantenerse en el poder durante tanto tiempo; fundó un partido, el Partido Nacional Democrático; creó una policía omnipresente cuya tarea era defender su régimen; también puso en marcha un sistema de corrupción que lo enriqueció a él y empobreció al país. Su servicio de información está calcado del de los antiguos países comunistas. Aunque no se debe olvidar que todo ello existía con anterioridad, él solo lo adaptó a sus necesidades, a su avidez. Vio cómo actuaban Nasser y, luego, Sadat, y se dijo: «¿Por qué voy a ser yo menos?». Si bien habría que precisar que Nasser no era un jefe de Estado dedicado a enriquecerse. Mubarak decretó el estado de excepción, fabricó un Parlamento a su medida, colocó a sus hombres en puestos estratégicos en los medios de comunicación, jugó la carta del peligro islamista para justificar la represión, las detenciones y la tortura. Fue un buen amigo de Estados Unidos y de Israel, y un buen anfitrión de los dirigentes occidentales en visita privada a Egipto. Todo el mundo recuerda las vacaciones de fin de año de François Mitterrand en Luxor y las de tantos otros políticos europeos.

Mantuvo también muy buenas relaciones con la mayor parte de los emiratos del Golfo.

Pero hoy, el populacho miserable le impide desayunar en su jardín y, además, ya no tiene ganas de teñirse el pelo. Alguien le ha dicho que era propio de afeminados. No le ha hecho ninguna gracia.

Al comienzo de su reinado, por todo Egipto circulaban *nukats*, chistes, sobre su persona. Cada día había uno nuevo. Lo sacaban de quicio, y como no tiene ningún sentido del humor, decidió lanzar a sus servicios secretos en busca del canalla que se dedicaba a ridiculizarlo. En seguida descubrieron a un pobre hombre, un viejecito que acostumbraba a sentarse a diario en un cafetín de Jan al Jalili. Lo detuvieron y lo llevaron ante el presidente. Cuando Mubarak lo vio, no entendía cómo aquel viejo desdentado, mísero, era capaz de cargarse su imagen de gran *rais*. Pero era demasiado anciano para que lo torturaran, así que Mubarak decidió echarle una reprimenda:

—¿Cómo es posible que cuentes cosas tan terribles de mí? ¡De mí, que he salvado al país de la miseria, de mí, que he traído la libertad, la

prosperidad, la democracia, a este pueblo ingrato! ¡Acaba con tus mentiras! Que te quede claro que, de todos los egipcios, yo, Mubarak, soy el que más hace por el bien del país. No duermo, no hago más que pensar en el modo de mejorar la vida de mis conciudadanos...

El viejo lo interrumpió y le dijo:

—¡Señor presidente!, le juro que yo jamás he contado ese chiste...

EN LA CABEZA de Mubarak hay dos arañas, una gris y otra blanca. No están de acuerdo con el *rais*. Se pelean y le provocan unos dolores de cabeza insoportables. No sabe cuál puede ser la causa. Se siente desgraciado, muy desgraciado. Traicionado, rechazado, abandonado, y no logra comprender qué le reprochan, por qué el pueblo exige con tanta contumacia que se vaya. Está convencido de que durante toda su vida ha actuado por el bien del pueblo egipcio, que ha defendido el país y sus fronteras en el ámbito internacional, que ha sido un buen soldado, valiente, esforzado, un ciudadano ejemplar. Lo que está pasando lo ha pillado por sorpresa, y ya no sabe ni

quién es ni dónde está. Al principio pensaba que lo que la multitud le reprochaba eran sus relaciones demasiado estrechas con Israel. Pero no: las consignas que gritaba la gente no acusaban al imperialismo estadounidense, ni al colonialismo israelí, ni a Occidente en general. Eran unas consignas muy sencillas: libertad, dignidad, que acaben las humillaciones, las desapariciones, la arbitrariedad policial. Como los tunecinos, los manifestantes egipcios adoptaron el famoso «*¡Dégage!*» [*¡Lárgate!*]. La revolución se hizo con una palabra francesa, mientras Francia y sus políticos se veían superados por lo que estaba sucediendo.

Víctima. Mubarak se considera víctima de la precipitación, del desorden, de la anarquía. Y acaba de descubrir que nadie acudirá a socorrerlo. En el horizonte se divisa una gran soledad, un gran silencio, un aislamiento absoluto. Ésas son sus únicas y últimas perspectivas; sin contar con que la Corte Penal Internacional aún no se ha pronunciado sobre su suerte.

Es como un hombre que acaba de ser abandonado por la mujer a la que ha creído amar toda su

vida y descubre que todo han sido mentiras y engaños. Arrojan a la plaza pública su intimidad, recuerdan su crueldad, hacen desfilar ante sus ojos a los miles de egipcios torturados hasta la muerte o desaparecidos. Las arañas se vuelven a enzarzar. Tiene un dolor atroz. Se entera de lo que es sufrir, y se asombra.

El desprecio que le inspira el pueblo es más absoluto que nunca. Se dice: «Sin mí, los egipcios no sabrán nunca qué hacer. Los conozco: son perezosos, carecen de rigor, no son nada exigentes; se les puede comprar con cuatro perras; llevarán al país a un callejón sin salida, a un estancamiento económico, político y social. Tras los festejos y la alegría desbordante, volverán a la amarga realidad de lo cotidiano. Entonces llamarán llorando a mi puerta, estoy convencido, pero les dejaré que se ahoguen en su mierda. Es lo que se merecen. La corrupción es una segunda naturaleza en ellos, no se resistirán.

»Pero ahora... ya mismo... tengo que ocuparme de mi jaqueca... Veo arañas por todas partes... Todo negro... No veo nada... Estoy acabado... ¿Así es como mueren los grandes hombres?